

Lautaro García

El mes artístico

Películas chilenas

A pesar de que ha pasado casi un cuarto de siglo desde la fecha en que se «rodara» la primera película hecha con argumento e intérpretes criollos, aun no se puede hablar de cinematografía nacional sino de películas chilenas. ¿Razones? La tradicional falta de protección oficial a todo esfuerzo de orden espectacular nacido de la entraña misma de nuestra nacionalidad. Al decir nacionalidad indicamos a nuestros autores y artistas entregados a su propio esfuerzo e iniciativa. No obstante las pruebas palpables de la influencia del cine en la psicología y las costumbres de un país; de las demostraciones palmarias de su poder educador y de su eficacia como medio de difusión cultural y de propaganda, ningún gobierno nuestro ha dado un solo paso en serio para fomentar la producción y encauzarla en un sentido nacional. Es la secular ceguera e indiferencia de nuestros políticos, negados por falta de sensibilidad y de comprensión, a todos los problemas estéticos, que se viene repitiendo desde hace tantos regímenes. El hombre de gobierno, unilateral y pretencioso, bien poco o nada entiende de estas actividades y cuando tiene algún conocimiento, llevado por un snobismo muy sudamericano, desprecia las manifestaciones espirituales de sus compatriotas. Se diría que por convicción íntima de su propia incapacidad estética cree que su compatriota que no ha sobresalido en política menos puede

hacer algo de significación en el campo del arte; y cuando la obra de algún chileno logra convencerlo por su consagración en el extranjero, siente como un rencor inexpresado contra la audacia criolla que así quebranta sus enraizados prejuicios al respecto. Es como si le dejaran al desnudo un complejo de incapacidad que no quiere confesar.

Si por excepción, que naturalmente confirma la regla, se produce algún movimiento efectivo o se dicta una ley de protección a estas iniciativas de naturaleza espectacular, por los mezquinos manejos de esa politiquería y compadrazgo que enturbia todos los sectores, la entrega en manos interesadas o poco aptas para llevar a cabo una obra bien cimentada y de proyecciones. Tal ocurre por ejemplo con la escena dramática de cuyo organismo oficial, compuesto de una Dirección General y un pomposo consejo, salvo una o dos excepciones, están ausentes los verdaderos autores teatrales chilenos.

* * *

Se diría que todavía nuestros gobernantes no se han dado cuenta de que el cinematógrafo es uno de los fenómenos de evolución más trascendentales de nuestro tiempo en el desarrollo espiritual de los pueblos y que no aprovecharlo como factor de cultura y educación y vivir bajo la influencia no siempre beneficiosa de la producción extranjera, es someterse a un vasallaje funesto para el desenvolvimiento de nuestra psicología y nuestras costumbres.

Si el cinematógrafo vive de imágenes, pese a cierta tendencia de universalidad que se le da en los países de mayor producción para subyugar precisamente a los demás pueblos, sus obras en el fondo son la imagen de cada nación. En Chile en diversas épocas se han hecho algunos estimables esfuerzos, todos ellos debidos a iniciativas particulares, para cimentar un arte cinematográfico propio; pero de todo ese quijotismo de nuestros

directores y artistas nada se ha salvado del olvido, porque además de la pobreza de medios con que fueron realizados que los hacía poco explotables comercialmente en el extranjero, única manera de que los capitales chilenos se hubieran interesado por fomentar la producción, no encontraron la comprensión de los gobiernos. ¿Quién recuerda, por ejemplo, aquel «Manuel Rodríguez» protagonizado hará cosa de veinte años por Pedro Sienna que bien pudo ser el punto de partida para una serie de films de honda raíz patriótica y hubiera servido de enseñanza a las nuevas generaciones y mostrado en el exterior las jornadas de nuestra formación nacional?

Todas estas consideraciones se nos descuelgan de la pluma ante la esperanza de un renacimiento de la cinematografía entre nosotros con los tres últimos films salidos de estudios chilenos en el año pasado y los tres o cuatro próximos a estrenarse. Aunque estas cintas no han sido completamente logradas por fallas que analizaremos someramente, de todos modos representan un paso positivo en la evolución de nuestro cine.

La primera manifestación de este despertar la constituyó «El Hechizo del Trigal», película que tuvo la deficiencia básica de un argumento muy pobre—mejor diríamos que careció de argumento—de una dialogación vulgar y de actores inexpertos; en cambio mostró en cuanto a fotografía, enfoques de ángulos y efectos de luz, magníficos valores y puso de relieve las posibilidades que se pueden alcanzar con lo pictórico de nuestros paisajes y lo pintoresco de nuestras costumbres. Su director, el señor Eugenio De Liguoro, recién llegado al país no alcanzó a asimilar lo peculiar de nuestras modalidades; pero supo aprovechar bien la generosidad plástica de la luz chilena, es decir de nuestro sol.

La segunda película salida el año pasado de un estudio nacional, «Hombres del Sur» nació con un pecado muy criollo: el de que su realizador, sin duda animado de plausibles propósitos, quiso abarcarlo todo. El señor Pérez Berrocal viejo e infan-

tigable luchador cinematográfico fué autor del argumento, escribió el guión, dirigió las escenas e interpretó uno de los roles principales. El resultado fué más pobre en todos sentidos que el anterior. Como era natural el señor Pérez Berrocal no pudo repicar y andar en la procesión. En todos sentidos estuvo deficiente. Por último se ofuscó ante las críticas que se le hicieron y contestó a ellas impugnándoles razones estrechas y personales. Estuvo mal. Nosotros se lo podemos decir ahora que ya ha pasado el tiempo suficiente para que se haya serenado y porque a raíz del estreno de «Hombres del Sur» guardamos silencio porque nos pareció contraproducente agregar una nota negativa a las tantas que recibiera. Era contribuir a agudizar su ofuscación. Esperamos que para una próxima obra Pérez Berrocal se concrete a una sola actividad y lo podamos aplaudir por su tesón y su honradez de artista.

El tercer film del año que nos ocupa «Dos corazones y una tonada» demostró que en parte se había aprovechado las enseñanzas dejadas por los dos anteriores. Tenía un argumento más consistente, con más calor de vida, mejor desarrollo en cuanto a acción; pero también acusó debilidad en el diálogo, afectado en varias partes. Con todo fué el mejor de los tres. Su autor y director, Carlos Huidobro, que había trabajado en estudios europeos, demostró poseer una clara intuición cinematográfica, buen gusto en la escenificación y positivas condiciones para la dirección. En este aspecto creemos que estuvo superior al de argumentista y dialogador. Hizo un film simpático por la matización de escenas emotivas con otras humorísticas. La actuación de los intérpretes resultó el factor más decisivo en la aceptación que tuvo «Dos corazones y una tonada» de parte del público. Rafael Frontaura encarnó el protagonista masculino con admirable sobriedad de gestos y ademanes y clara y natural dicción, manteniendo su tipo con firmeza. Teresa León, nueva en el género, probó lo que puede una vasta cultura artística—ya sabemos que ha cultivado las artes plásticas y el baile con brillo—aunque se

carezca de experiencia en una actividad. Su personaje lo animó dentro de una ponderada línea dramática. Elena Puelma y Romilio Romo estuvieron muy felices interpretando dos tipos criollos de mucho sabor. Ester Soré actuó con encomiable naturalidad en la parte hablada y cantó con gusto y emotividad sus canciones. Los Cuatro Huasos, aunque un poco despegados del argumento, contribuyeron con su reconocida armonía de conjunto y su manera de acentuar las tonadas criollas a la animación musical de la película. La fotografía discreta.

* * *

Cuando el presente número de ATENEA haya visto la luz pública seguramente se habrán estrenado dos nuevas cintas chilenas: «Escándalo» argumento y dirección de Jorge Délano, protagonizada por una nueva figura, Gloria Lynch, y «Entre Gallos y Media Noche» adaptación cinematográfica de la popularizada obra teatral de Carlos Cariola, dirigida por Eugenio De Liguoro y que tiene como figura principal a Enrique Barrenechea.

La cinta de Coke no la hemos visto; el conocido dibujante que tiene, además de sus tantas veces probadas facultades artísticas, una vasta experiencia como cinematografista nos ha declarado que ha tratado de hacer un film de movimiento a la manera norteamericana. Esperamos con interés este nuevo esfuerzo de Coke, quien entre otras producciones tiene a su haber «Norte y Sur» uno de las cintas más equilibradas en cuanto a valores artísticos y técnicos que se han producido entre nosotros.

En exhibición privada hemos visto «Entre Gallos y Media Noche». La cinta ha sido hecha por la Chile Sono Film, que cuenta con estudios bien instalados en La Cisterna, y es la empresa con más solvencia económica que hay actualmente para esta clase de actividades entre nosotros. Esta entidad piensa

llevar a cabo una producción continuada de películas en un serio esfuerzo para cimentar la industria.

Desde luego «Entre Gallos y Media Noche» se ha hecho sin reparar en gastos de tal manera que sus escenarios en nada desmerecen de cualquiera obra norteamericana. En lo que se refiere a la parte técnica sin duda es esta la cinta mejor lograda del cinematógrafo chileno. La arquitectura de sus interiores y los detalles de la «mise en scene» son del mejor gusto y tienen un bien encontrado carácter criollo. La fotografía es magnífica en cuanto a nitidez y claridad. Hay excelentes efectos de cámara y la labor de los intérpretes está ajustada a un ritmo vivo y natural. Todos ellos forman un conjunto homogéneo que acciona soltura y habla con propiedad. Como la acción está equilibradamente repartida entre los diversos personajes y estos encuentran eficaces animadores el interés del film se mantiene palpitante a lo largo de todo su desarrollo. La película flaquea en cuanto a su adaptación a la pantalla pues se ha conservado con una fidelidad, a nuestro juicio mal entendida, el espíritu y la letra del texto teatral. En otras palabras «Entre Gallos y Media Noche» peca de teatralidad. Hay poco aire libre y muchos interiores. Las situaciones vodevilesas del original han sido mantenidas en la película rigurosamente. El juego de entradas y salidas de los personajes que dan acción a la comedia, en la pantalla producen a ratos la sensación de interrupciones.

Uno desearía seguir la trayectoria de los tipos, en acciones paralelas o en prolongación de alguna de ellas, fuera del estrecho marco de los interiores. Querríamos ver en una visión más total el ambiente campesino en que se mueven dichos personajes. Encontramos poco campo, poco clima criollo en la película. De todos modos está realizada con evidente acierto técnico y tanto Enrique Barrenechea, como Grazia del Río, artista chilena que se ha formado en los escenarios y sets europeos, Ester López, Américo Vargas, Ana González y Lucy del Río se desempeñan con soltura y naturalidad.

«Entre Gallos y Media Noche» sin exhibir méritos extraordinarios constituye un positivo aporte al progreso de nuestra cinematografía y hace nacer la esperanza de días mejores para un futuro no lejano. El problema reside ahora en adoptar a nuestros escritores como argumentistas y que estos se preocupen seriamente de producir obras concebidas y desarrolladas expresamente para el cine.—L. G.